



Apología del ejercicio docente

Andrés Elías*

Detrás de las palabras subyacen creencias que las gobiernan; oculta en cada discurso deambula una intención escurridiza, huraña, tímida, y en ocasiones cínica. ¿Qué hay detrás de la letanía que arroja la llamada reforma educativa en nuestro país?, ¿qué se puede observar detrás de cada frase, de cada consigna?, tal vez mucho, o tal vez poco; la mirada depende en gran medida del terreno que se pise. Seré claro, no pretendo ocultar al lector mis intenciones. El presente documento tiene como propósito realizar una apología del ejercicio docente, en medio de un clima especialmente hostil¹ —y en algunos casos de franco linchamiento social—, que ha servido como incubadora para la implantación de una reforma que aborda algunas dimensiones del quehacer educativo. La ruta es simple, analizaré algunos de los argumentos a fin de develar sus implicaciones tras deambular por terrenos inhóspitos.

A lo largo de los años en nuestro país se ha venido tejiendo un discurso, alimentado de crueles y abrumantes verdades, y de perversas y maquiavélicas mentiras. El eje discursivo es sencillo, el país no se mueve, y no se mueve porque no hemos sido capaces de moverlo; definitivamente algo anda mal en nosotros. Tal vez sea que requerimos más conocimientos, recobrar los “valores perdidos”, o quizá no hemos podido construir las competencias que requiere la sociedad del conocimiento; cualquiera que sea la respuesta, el problema radica en nosotros. Sigamos el argumento. Nuestro estado “imperfecto” nos llevaría a preguntarnos, ¿por qué somos así?, ¿qué falló?, ¿fue la familia, la iglesia, o los medios?, ¡claro! Es la escuela la que ha dejado de

cumplir su función social —o nunca la cumplió—. Cuántas ocasiones hemos escuchado este argumento, cuántas veces se ha dicho que la educación “de antes” era mejor; que el docente de antaño, vestido de la mística de las misiones vasconcelistas, se constituía en el centro de la vida y transformación de las comunidades, a diferencia de la silueta lánguida que en la actualidad representa ser maestro. El discurso cierra así: la factura de nuestro errante y gris devenir ha sido endosada a la escuela, pero como la escuela es un ente abstracto, centramos nuestro resentimiento nacional contra el docente; es él quien ha fallado, es él quien detiene nuestro ansiado arribo al desarrollo económico en el escenario mundial: es él quien nos tiene en los últimos lugares de la prueba PISA² en relación con los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE).

Por supuesto que el discurso es matizado, se habla de problemáticas complejas y de estrategias holísticas para la resolución de los grandes problemas nacionales, pero las orejas de burro le han sido puestas al docente, es en él en quien se centran las acciones de la reforma educativa: un censo para saber quiénes son, dónde están y qué hacen, un Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación que nos garantice que saben, y un Servicio Profesional Docente que reconozca el esfuerzo de los buenos profesores —y sancione a los malos—. Podemos hablar de respeto y admiración por el ejercicio docente, no obstante nuestras acciones terminan develando nuestras implicaciones; esta reforma, al volcar sus esfuerzos en el profesorado, circunscribe a él la responsabilidad del fracaso educativo nacional.

El caso mexicano no es atípico, respon-

*Jefe de Prácticas Educativas de la licenciatura en Educación y estudiante de la Maestría en Investigación Educativa Aplicada de la UACJ.

¹ Los medios de comunicación han desarrollado una fuerte campaña de desprestigio hacia el trabajo docente. Basten algunos ejemplos como la película “De Panzazo”, los Spots en contra de la CNTE “los maestros que no trabajan”, la morbosa cobertura del arresto de Elba Esther Gordillo, el seguimiento parcial a las manifestaciones de la CETEG, y las notas periodísticas, incluso locales, sobre los maestros comisionados que de manera arbitraria y sin las acotaciones necesarias son tildados de “aviadores”.

² Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos, por sus siglas en inglés (Program for International Student Assessment). Los resultados se pueden consultar en <http://www.pisa.sep.gov.mx/>



de a una fórmula ampliamente utilizada en América Latina, al menos. Marianne Beuchat Reichardt tras un estudio amplio, concluye que las reformas educativas en América Latina encubren "... demandas al profesorado que se traducen en una creciente descalificación y proletarización del trabajo docente a través de la estandarización de competencias y habilidades de enseñanza y la división social del trabajo entre quienes piensan y quienes ejecutan".³ No es de extrañarse que los grandes ausentes en la formulación de los ejes de esta reforma educativa sean los mismos docentes, dicha condición devela la función técnico-instrumental a la que ha sido acotado el maestro, operar planes y programas.⁴

Definitivamente la práctica docente debe mejorar, y en algunos casos de forma radical; no se puede criticar un posicionamiento extremo, situándose en otro igual de exacerbado. Sin embargo, la respuesta a nuestras aspiraciones de una educación "redentora" no se encuentra exclusiva, ni principalmente en las y los profesores, ni siquiera en la *autonomía de gestión* —administrativa—, o en las *escuelas de tiempo completo*, el problema es más profundo. El mismo Mario Rueda, actual director del Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE), reconoce que esta reforma educativa dista mucho de ser la solución para los problemas de fondo del sistema educativo, como la inequidad, la precariedad en la infraestructura de las escuelas y el aprendizaje de las y los estudiantes. ¿Pero entonces dónde se encuentra esta respuesta?

Sin el afán de dogmatizar el fenómeno educativo, me es necesario responder al vacío anteriormente planteado. En el acto educativo convergen distintos actores y diferentes situaciones y condiciones, que en imbricada amalgama conducen al éxito o al fracaso de cualquier propuesta formativa. Elsie Rockwell lo plantea en estos términos: "... lo que conforma finalmente a dicho proceso

[educativo] es una trama compleja en la que interactúan tradiciones históricas, variaciones regionales, numerosas decisiones políticas, administrativas y burocráticas".⁵ Delimitar una reforma educativa "de gran calado" como algunos se atreven a proclamar, al control administrativo y evaluación docente, es en mi humilde opinión, tener una visión muy corta del fenómeno educativo; y peor aún, exponer al profesorado a un linchamiento social, con objeto de facilitar la implantación de una reforma, me parece francamente perverso.

México requiere una amplia reforma educativa, que aborde la complejidad del fenómeno en cuestión, no he encontrado a nadie que no coincida con esta necesidad. La asignación de plazas, la promoción, el reconocimiento y la permanencia en el ejercicio magisterial debe ser transparentado y reglamentado, las prácticas corruptas deben ser extirpadas de raíz, pero no a costa de los derechos laborales y mucho menos por encima de la dignidad de miles de docentes que a lo largo de décadas, han volcado su ser en la formación de seres humanos. Es cuestión de agradecimiento.



³ Marianne Beuchat, *Concepción de aprendizaje en estudiantes de pedagogía básica*. Universidad de Granada, Santiago de Chile, 2010, p. 52 [tesis doctoral].

⁴ Carlos Hoyos, *Epistemología y objeto pedagógico. ¿Es la pedagogía una ciencia?* CESU, México, 1992.

⁵ Elsie Rockwell, "De huellas, bardas y veredas: una historia cotidiana en la escuela", en Elsie Rockwell, *La escuela cotidiana*. FCE, México, 2001, p.14.